GT 15 En torno a Saussure

Observaciones acerca del concepto de semiología en Saussure y Barthes: avances

Noelia Carrancio

En esta ponencia presento avances de la monografía del Seminario «La impronta semiológica de Saussure», de la Licenciatura en Lingüística de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La monografía trata acerca del concepto de semiología en las obras de Saussure y de Barthes, autores íntimamente ligados a la disciplina; Saussure como precursor y Barthes como uno de sus sucesores.

Al menos tres pasajes del *Curso de lingüística general* (*CLG*) hacen referencia a la semiología, la cual es definida como la ciencia que «estudia la vida de los signos en el seno de la vida social» (Saussure, 2002). Si bien estos pasajes no son extensos, lo que en ellos se postula ha permitido delimitar la disciplina, a la vez que ha suscitado diferentes interpretaciones. Barthes, quien tomó como punto de partida algunos conceptos de la teoría lingüística saussureana para crear un método semiológico propio, ha producido un extenso trabajo sobre la semiología. Los objetivos propuestos en la monografía son los siguientes: 1) rastrear el concepto de semiología en el *Curso de lingüística general* de Saussure; 2) rastrear el concepto de semiología en las obras de Barthes, con especial énfasis en *Mitologías* y «Elementos de semiología»; 3) dar cuenta de los límites y el alcance la semiología en los marcos teóricos propuestos por Saussure y por Barthes, respectivamente; 4) estudiar, comparar y contrastar los conceptos de semiología como sistema de comunicación en Saussure y como sistema de significación en Barthes, y 5) estudiar el vínculo entre la lingüística y la semiología para cada uno de los autores, a partir de la dicotomía lengua/habla, significado/significante y relaciones sintagmáticas/ relaciones paradigmáticas. En esta presentación me centraré en la dicotomía lengua/habla tal y como es presentado en dos los dos momentos de Barthes y en el concepto de semiología en Saussure y Barthes.

La principal preocupación de Saussure es encontrar el objeto de estudio exclusivo de la lingüística que le permita diferenciarse de otras ciencias. El autor sostiene que el objeto «a la vez integral y concreto de la lingüística» (Saussure, 2002: 36) es la lengua, cuyo carácter es social y está conformada por unidades delimitables. Para poder equipar la lengua con otras instituciones sociales y habilitar su estudio en este contexto, resuelve ubicar a la lingüística dentro de una ciencia que se ocupe de los sistemas de signos de orden social; esta es la *semiología*. Dicha ciencia estará encargada de estudiar «la vida de los signos en el seno de la vida social» (ibíd.: 43) y sería parte de la

psicología social y, por lo tanto, de la psicología general. Consiguientemente, la lingüística pasaría a ser una rama de la semiología y la psicología.

Saussure afirma categóricamente que «el problema lingüístico es primordialmente semiológico» (ibíd.: 44). Esto quiere decir que, para estudiar la lengua hay que ubicarse dentro de un orden de consideración más general, que sirva como marco de referencia para su estudio. Sería tarea de la lingüística, desde este punto de vista, analizar qué tienen en común la lengua y los otros sistemas de signos. En todas las observaciones que el autor realiza acerca de la semiología en el *Curso de lingüística general*, se establece un paralelismo entre la lengua y los sistemas semiológicos, ubicando a la primera dentro de sistemas semiológicos. Queda claro que el principal punto de contacto entre la lingüística y la semiología es el principio de arbitrariedad: «los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico» (ibíd.: 94). Es por ello que la escritura, el alfabeto de los sordos, los ritos simbólicos, las costumbres, las formas de cortesía y las señales militares, entre otros, al igual que la lengua, participarían de la semiología, aunque quedaría pendiente a los semiólogos determinar si expresiones como la pantomima, basada en signos naturales, entran dentro de su campo de estudio (ibíd.: 93).

Asimismo, se establece que la inmutabilidad y mutabilidad del signo, que garantizan su continuidad y su evolución a través del tiempo, constituyen no solo rasgos característicos del signo lingüístico, sino que son principios de semiología general (ibíd.: 102). Esto se explica por la naturaleza social intrínseca de estos sistemas semiológicos, y cuya realidad social, junto con la acción del tiempo, permiten la permanencia y el cambio de los signos: «contra toda apariencia, en momento alguno existe la lengua fuera del hecho social, porque es un fenómeno semiológico» (ibíd.: 103). Del mismo modo, se establece que «en la lengua, como en todo sistema semiológico, lo que distingue a un signo es todo lo que lo constituye» (ibíd.: 145). Para ilustrar esta aseveración, Saussure propone la analogía entre la lengua —y por ende todos los sistemas semiológicos— y el juego de ajedrez. El autor imagina una partida en la que una de las piezas no se encuentra disponible y se pregunta si la pieza puede ser reemplazada por otra equivalente. La respuesta es afirmativa siempre y cuando la nueva figura sea declarada funcionalmente idéntica (ibíd.:134-135). Esto indica que no es la pieza en sí misma lo que importa, sino el valor atribuido, que a su vez lo obtiene mediante su oposición a las otras piezas del juego de ajedrez.

Pero más allá de las similitudes, Saussure destaca la mayor diferencia entre la lengua y el resto de las instituciones semiológicas; esta es que la lengua no viene dada de antemano sino que es creada en el proceder científico del analista, puesto que «es el punto de vista el que crea el objeto» (ibíd.: 36). El sistema de la lengua no está conformado por unidades ya conformadas; las entidades estudiadas por los lingüistas surgen de la teoría a la que se suscribe y al método aplicado y solo son refrendadas por la conciencia lingüística de los hablantes. El lingüista debe ser capaz de prescindir de la materialidad de los signos y trabajar en un nivel de abstracción, que coincide con la naturaleza psíquica del signo, impensada en otras ciencias, incluso para la semiología.

Saussure no da cuenta, con exactitud, del alcance de la semiología, —y por lo tanto una de las tareas del semiólogo (o del psicólogo) será delimitarla y establecer sus objetivos concretos—, pero sí deja en claro que la lengua se distingue de todas los demás sistemas de signos porque es el sistema más importante de todos. El autor sostiene que «la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos» (Saussure, 2002: 94). Cabe preguntarse entonces por qué la lengua es el sistema semiológico más preponderante. Benveniste (2004: 54) sostiene que la lengua adquiere una mayor jerarquía frente a otros sistemas semiológicos porque tiene la capacidad de crear un nuevo nivel de enunciación; la lengua, y solo ella, puede interpretar cabalmente todos los signos sociales: «estos signos, para nacer y establecerse como sistema, suponen la lengua, que los produce e interpreta». Asimismo agrega que el objeto de la semiología debe ir más allá de los sistemas de signos; su objeto deberá ser constituido por las relaciones entre estos sistemas semiológicos. En ningún momento Saussure discurre acerca de una posible metodología de la investigación semiológica, pero su modelo lingüístico parecería brindar las herramientas necesarias para ser aplicado al estudio de otras instituciones sociales.

El intento de Saussure de crear una ciencia semiológica no estuvo libre de críticas. Por un lado, no pudo escapar a las comparaciones con su contemporáneo Peirce, quien fue un escritor prolífico en semiótica. Por otro lado, Eco (1976: 15, citado por Harris) sostiene que los ejemplos de sistemas semiológicos presentados por Saussure (signos militares, formas de cortesía, alfabetos visuales) engloban sistemas altamente artificiales y convencionales y que, por lo tanto, dejan de lado aquellas manifestaciones naturales, más accidentales. Esto significaría un recorte del alcance del concepto y haría evidente la dependencia de la semiología saussureana del concepto de comunicación. Harris (1987: 26-27), sin embargo, entiende que esta afirmación no tiene argumentos sólidos y proviene de una mala interpretación del texto de Saussure, ya que la propia definición propuesta en el *Curso de lingüística general*, que establece que la semiología debe estudiar los signos en sociedad, permite considerar ese tipo de sistemas como semiológicos. Así, sistemas altamente codificados como el meteorológico, el astrológico o el médico no deberían ser excluidos de los sistemas semiológicos.

Uno de los primeros autores en profundizar acerca de la semiología fue Barthes quien, en un primer momento, la vinculó al mito. En «El mito, hoy» (1957) se pretende denunciar aquellos mitos que la burguesía estructura y que la sociedad consume como naturales, aunque en realidad sean productos culturales con una intencionalidad oculta. El mito barthesiano es una convención y un fenómeno histórico, y puede ser explicado en relación a las circunstancias de su momento de producción. Esto quiere decir que, contrario a lo que se pretende imponer en la práctica discursiva, el mito no es algo natural, universal y común a todos, sino que es una realización cultural.

Lo primero que llama la atención es el hecho de que Barthes defina al mito como un habla. Esta caracterización es una apropiación de la terminología saussureana, aunque no sin modificaciones a esa teoría. La presencia del artículo indefinido *un* da cuenta de la existencia de varios tipos de habla. Esto quiere decir que existen muchas *hablas* y el mito es tan solo un ejemplo de esta

variedad. Este concepto de habla se ve ampliado, a su vez, porque abarca cualquier tipo de realización cultural, además de las producciones lingüísticas. El mito puede ejecutarse de forma oral o escrita, o cobrar distintos tipos de representaciones, ya sea en una fotografía, en el cine, en el deporte y la publicidad, entre otros (Barthes: 1999: 108). Se observa una apropiación semiológica del habla puesto que esta caracterización rebasa los límites de la lingüística. El mito es definido no por su sustancia sino por su forma; no debe ser equiparado a un objeto, a un concepto o a una idea, sino que el mito es un sistema de comunicación, un mensaje. Barthes (ibíd.: 109) sostiene que «en adelante entenderemos por lenguaje, discurso, habla, etc., toda unidad o toda síntesis significativa, sea verbal o visual; para nosotros, una fotografía será un habla de la misma manera que un artículo de periódico. Hasta los objetos podrán transformarse en habla, siempre que signifiquen algo». La única condición para describir a algo como un habla (o lenguaje o discurso) es que tenga algún tipo de significación, la cual estará determinada por nociones ideológicas. La misión de los intelectuales consiste, entonces, en exponer las operaciones naturalizadoras que rodean la construcción del mito. Barthes ofrece uno de sus más célebres ejemplos sobre el habla mítica. Este es el caso de una de las portadas de la revista francesa *Paris Match* en la que se observa a un joven negro vestido con el uniforme militar francés mientras hace la venia a la (presunta) bandera de Francia. Un análisis semiológico barthesiano permite entrever que, en este caso, la forma o sentido está dada por la presencia del soldado negro que hace la venia, y el concepto o significado se presenta como la mezcla intencional entre la «francesidad» y la «militaridad». Esta conjunción de elementos intenta transmitir el mensaje de que «Francia es un gran imperio, que todos sus hijos, sin distinción de color, sirven fielmente bajo su bandera y que no hay mejor respuesta a los detractores de un pretendido colonialismo que el celo de ese negro en servir a sus pretendidos opresores» y que forma la significación con la que recibimos el mito (Barthes, 1999: 112). Esta aseveración puede ser cuestionada por muchos porque no es posible saber si ese es efectivamente el mensaje que los editores de la revista proponían. Muchos, como Harris, piensan que esta es tan solo una interpretación personal de Barthes (Harris, 2001: 143).

Harris (2001: 138) sostiene que la concepción del mito como un habla no es original de Barthes, sino que es una idea tomada (pero no citada) del artículo «The structural study of myth» (1955) de Lévi-Strauss, en el que se argumenta que el mito es lenguaje ya que solo accedemos a él cuando este es narrado. Esta expansión de los límites del habla resulta en una de las principales críticas a Barthes, ya que el hecho de equiparar el habla con otros conceptos y sin precisar diferencias hace que su definición pierda claridad y se aleje, en cierta forma, de los postulados saussureanos en los que se basa.

El mito, entendido como un tipo de habla, pertenece al ámbito de la semiología, la cual se define como «una ciencia de las formas, puesto que estudia las significaciones independientemente de su contenido» (Barthes, 1999: 109). La semiología estudia los sistemas de signos sin importar la sustancia de los signos que lo componen siempre y cuando formen sistemas de significación. De

esta manera, las imágenes, los gestos, los sonidos, los ritos, los protocolos y los espectáculos pueden ser objetos del estudio semiológico (Barthes, 2007: 19). Al igual que Saussure, Barthes sostiene en «El mito, hoy» que la semiología es una ciencia general que contiene a la lingüística. Sin embargo, en trabajos posteriores invierte este orden hasta el punto de pensar a la semiología como una rama de la lingüística y constituir la *translingüística*.

Harris arguye que esta interpretación del texto se debe a que Barthes accedió al *Curso de lingüística general* tardíamente y a que lo leyó a la luz de los textos de otros autores como Jakobson, Benveniste, Martinet, Lacan y Lévi-Strauss, entre otros. En otras palabras, Barthes se apropia de los conceptos más importantes de la teoría saussureana, pero estos parecerían perder el foco de la teoría lingüística en su aplicación a la tarea semiológica. Asimismo, Harris (2001: 146) advierte que esta interpretación del libro de Saussure no fue ingenua, sino que Barthes utilizó el marco teórico saussureano en defensa de sus propios intereses programáticos marxistas. Es cuestionable la existencia de un nexo válido entre la semiología y la denuncia marxista. Mounin (1972: 222) considera insostenible la idea de plantear una semiología de la burguesía; el planteo de Barthes se acercaría más a la acepción médica de la voz *semiología* —ciencia que estudia los signos que las enfermedades manifiestan— y, por lo tanto, debería dedicarse a crear una «sintomatología del mundo burgués: el estudio, completamente legítimo, de los síntomas reveladores de las enfermedades psicosociológicas de ese tipo de sociedad», más que una semiología que estudia la vida de los signos. Asimismo, resulta inentendible en términos teóricos y prácticos que el mito sea definido como lenguaje, habla y discurso indistintamente, así como también que el significante sea sentido. No hay que desconocer que estas categorías son el centro de los estudios saussureanos y que han sido estudiadas exhaustivamente por el autor y sus sucesores.

El segundo momento de la obra de Barthes puede ubicarse entre 1957 y 1963, período en el que trabajó en el proyecto semiológico más extenso y sistemático de su carrera, basado en el análisis de la ropa de moda. Este momento se caracterizó por el intento de sistematización de la semiología como ciencia, idea que abandona diez años después ya que admite que no es posible configurar a la semiología como una ciencia o disciplina (Barthes, 1998: 143). El momento de la ciencia o cientificidad dio como resultado dos trabajos: «Elementos de semiología» (1964) y *Sistema de la moda* (1967). El primero tuvo como objetivo principal establecer las herramientas básicas necesarias para llevar a cabo el estudio semiológico; el segundo pretendió aplicar el método estructural al análisis semiológico de un fenómeno social, en este caso, la vestimenta femenina. La relación que se establece entre la lingüística y la semiología en esta etapa es explícita: «el saber semiológico no puede ser actualmente más que una copia del saber lingüístico [...], este saber tiene que aplicarse ya, por lo menos como proyecto, a objetos no lingüísticos» (Barthes, 1993: 20). Es por este tipo de afirmaciones que este período cobra vital relevancia para entender el impacto que la ciencia del lenguaje ha tenido en la conformación de la semiología desde una perspectiva barthesiana. Acerca de sus intereses en este período, Barthes (1993: 11-12) comenta: «lo que

dominaba ese período de mi trabajo no era tanto el proyecto de poner los fundamentos de la semiología como ciencia cuanto placer de ejercitar una *sistemática*».

Barthes se vale de la distinción entre lengua y habla para poder estudiar los sistemas semiológicos desde una perspectiva estructural y rescata las características de social e individual asignadas a cada una, respectivamente. Sin embargo, la relación de interdependencia entre lengua y habla, es decir, el hecho de que no sea posible estudiar la lengua sin el habla y viceversa, parecería complicar el estudio de algunos sistemas semiológicos como el de la moda, en el que Barthes entiende que podría existir un sistema con lengua pero sin habla, hecho imposible en un sistema saussureano. En «Elementos de semiología» (1993: 30-31) se explica que «en la ropa *escrita*, es decir, descrita por una revista de moda con la ayuda del lenguaje articulado, no hay, por así decirlo, 'habla': la ropa 'descrita' no corresponde jamás a una ejecución individual de reglas de la moda, es un conjunto sistemático de signos y de reglas: es una lengua en estado puro». Asimismo, el autor advierte dos problemas más al extrapolar estos conceptos lingüísticos a la semiología en relación al origen y al volumen de los sistemas. La lengua es entendida por Saussure como la parte social del lenguaje, que es externa a los individuos y que tiene poder coercitivo sobre los sujetos. En cambio, en los sistemas semiológicos como el mobiliario, la moda o el automóvil, el origen radica en un «grupo de decisión», conformado tanto por especialistas altamente calificados, como es el caso de la moda o el automóvil, o por grupos anónimos, como en el caso de la confección de mobiliario. Es decir, a diferencia de los sistemas lingüísticos, los sistemas semiológicos no se originan a partir de la masa hablante sino que surgen de un sector específico de la comunidad (ibíd.: 34). El segundo problema se relaciona a la desproporción que existe en el volumen que puede establecerse entre la lengua y el habla en algunos sistemas semiológicos. En el caso del mobiliario se describe un habla muy pobre y en la moda escrita el habla es prácticamente nula o inexistente. Esto no sucede en los sistemas lingüísticos, en los cuales en el habla se producen infinita cantidad de realizaciones.

Con todo, Barthes resalta el sistema de la alimentación como uno de los sistemas semiológicos que mayor relación mantiene con las nociones de lengua y habla. La lengua de los alimentos puede describirse a partir de cuatro reglas, a saber: 1) de exclusión, del tipo tabúes alimenticios; 2) por oposiciones significativas de tipo dulce o salado, y frío o caliente; 3) por asociaciones simultáneas, del tipo carne y ensalada, o sucesivas, como lo son carne de vaca, de cordero o de cerdo; y 4) los protocolos de uso, como podría ser la costumbre de comer ñoquis solo los días veintinueve del mes. A su vez, el habla de los alimentos se constituye por todas las posibles variaciones individuales o colectivas, o sea, que se conforma a partir del uso de la comunidad. Estas características del sistema alimentario hacen que Barthes (ibíd.: 32) concluya que «la relación entre la lengua y el habla estaría aquí bastante cerca de la que se encuentra en el lenguaje: es, en conjunto, el uso, es decir, una especie de sedimentación de las palabras, que constituye la lengua alimentaria; sin embargo, los hechos de innovación individual pueden adquirir en ella un valor institucional». El sistema de la alimentación sería una excepción dentro de los sistemas semiológicos ya que no todos

se prestan al análisis esbozado sintéticamente más arriba. Para resolver las dificultades teóricas que le brinda el modelo saussureano, Barthes recurre a otras fuentes como, por ejemplo, los postulados del lingüista danés, Hjelmslev. Este último considera que las nociones de lengua y habla, tal y como son presentadas en el *Curso de lingüística general*, son ambiguos y, por consiguiente, decidió «redistribuir» la las características de la lengua en tres planos distintos. A saber: 1) *esquema*, que remite a la lengua en cuanto forma pura, independiente de la realización social; 2) *norma*, que da cuenta de la lengua como forma material, es decir, definida por la realización social pero aún independiente de esta, y 3) *uso*, que es la lengua definida como el conjunto de hábitos de una comunidad (Hjelmslev, 1971: 125-126). Estos tres planos están interrelacionados y, según Hjelmslev, «presentan la ventaja de aclararnos las relaciones posibles entre lengua y habla en la acepción saussureana» (ibíd.: 130). De estas consideraciones se desprende que la norma presupone al uso y al acto individual puesto que surge a partir de estos; a su vez, el uso y el acto son interdependientes porque se presuponen mutuamente, ya que el uso se define como «un conjunto de posibilidades entre las cuales cada acto tendría libre elección» (ibíd.: 134), o sea, todo lo que se ejecuta en los actos está previsto por el uso; igualmente, el esquema está determinado por los tres planos anteriores, es decir, la norma, el uso y el acto.

Por otra parte, el habla se diferencia de la lengua en tres aspectos fundamentales ya que el habla supone: 1) *ejecución*, no institución; 2) *individualidad*, no sociedad y 3) *libertad*, no fijación (ibíd.: 132). Un análisis de las características de la lengua y del habla en conjunto deja entrever que la terminología puede ser simplificada ya que el esquema es fácilmente identificable con la institución, y la norma, el uso y el acto con la ejecución. Por lo tanto, el sistema tal y como fue presentado es redundante, y por ello Hjelmslev propone reducir el sistema de la lengua a la dicotomía esquema y uso. Barthes retoma esta propuesta porque esta formalización le permite «situar todo lo 'positivo' y 'sustancial' del lado del habla y todo lo diferencial del lado de la lengua» y dejar de lado los problemas que la distinción lengua y habla le generaban en sus análisis semiológicos (Barthes, 1993: 24-25). Es menester aclarar que esta reformulación de la lengua y el habla como esquema y uso es una interpretación completamente barthesiana ya que esta nueva dicotomía existe en el ámbito de la lengua y no del habla. Es decir que Barthes simplifica aún más la propuesta de Hjelmslev al equipar el uso al habla y, por lo tanto, sería apresurado concluir que la discusión semiológica de la lengua y el habla, desde una perspectiva saussureana, queda finalmente zanjada.

Una mención aparte merece la aparente equivalencia entre los términos código y lengua, por un lado, y mensaje y habla, por el otro. Las nociones de código y mensaje no revisten mayor relevancia teórica en el *Curso de lingüística general* —de hecho, *mensaje* ni aparece mencionado. Sin embargo, la identificación propuesta por Barthes, es decir, código en vez lengua y mensaje en vez de habla, sería inadmisible para Hjelmslev por el hecho de que las convenciones del código se establecen explícitamente y las de la lengua no. Debe notarse que Jakobson (1960) fue quien defendió

sostenidamente la sustitución terminológica de las nociones de código y mensaje en la lingüística, inspirado por la teoría de la información. Barthes decide ignorar la indicación de Hjelmslev y adscribe, en primer lugar, a la perspectiva de Martinet, en la cual tal distinción sería posible y, en segundo lugar, al concepto de *estructuras dobles* (*duplex structures*) y *conmutadores* (*shifters*) de Jakobson (Barthes, 1993: 27), que le resultan productivos para la descripción de su objeto de estudio en el *Sistema de la moda*. Con todo, Barthes no proporciona una definición clara y concreta de lo que entiende por código y mensaje y que le habilite a realizar tal propuesta. Se podría sospechar que tan solo consiste en una reformulación de la propuesta saussureana y que el código denotaría la misma organización que la lengua (Ungar y McGraw, 1989: 57). Cabe destacar el hecho de que uno de los apartados de «Elementos de semiología» se titula *Sintagma y sistema*, lo que confirma el fuerte parentesco que el autor veía entre el código, las relaciones asociativas y la lengua entendida como sistema.

Como ya fue mencionado anteriormente, la semiología se ocupa del estudio de los sistemas de signos sin importar su sustancia; de esta manera, a la semiología le interesan tanto imágenes como gestos, sonidos y objetos ya que todos ellos constituyen sistemas de significación que se valen del lenguaje (entendido como sistema lingüístico) para conformarse. De esto se desprende que los sistemas semiológicos no son enteramente autónomos sino que están íntimamente ligados al sistema de la lengua. Barthes (2007: 20) arguye que «los objetos, las imágenes y los comportamientos pueden significar, y lo hacen abundantemente, pero nunca de una manera autónoma; todo sistema semiológico está mezclado con lenguaje». Sin embargo, los signos semiológicos, como el mito, usan al lenguaje como sistema secundario. La semiología, consiguientemente, no puede desligarse de la lingüística. Por lo tanto, es menester preguntarse acerca del lugar que ocupa la semiología dentro de la ciencia. Barthes (ibíd.: 21) admite que «la semiología tal vez termine fundiéndose en una *trans-lingüística*, cuya materia será tan pronto el mito, el relato, el artículo de prensa, en suma todos los conjuntos significantes cuya sustancia primera es el lenguaje articulado». Pero su propuesta no culmina allí porque inmediatamente después Barthes desafía, de forma explícita, la idea saussureana de establecer a la lingüística como una rama de la semiología; para Barthes es exactamente lo contrario, la semiología debe inscribirse dentro de la lingüística: «hay que admitir en adelante la posibilidad de invertir algún día la proposición de Saussure: la lingüística no es una parte, ni siquiera privilegiada, de la ciencia general de los signos; es la semiología la que es una parte de la lingüística: muy precisamente, esa parte que se haría cargo de las *grandes unidades significantes* del discurso».

El prefijo *trans-* refleja, en cierta manera, el lugar que el lenguaje tiene para Barthes: todo sistema semiológico está atravesado por el lenguaje. Simón (2010: 31) sostiene que el prefijo elegido por Barthes «remarca la movilidad, la transversalidad, el desplazamiento, no la inmovilidad de un centro de referencia que sería la lengua como decodificador último de todo lenguaje, aunque esta idea también impregne los textos del primer Barthes». No llama la atención, pues, que el último

momento de la carrera de Barthes haya sido denominado como el del texto, momento en el que explícitamente remarca su interés en la interrelación semiología-texto-escritura. Muchos autores han criticado este movimiento y aseguran que fue un gesto que le serviría para alejarse del estructuralismo más rígido y ortodoxo. Empero Ungar y McGraw (1989: 51-52) observan una postura opuesta: Barthes necesitaba reivindicar a la lingüística para validar su proyecto semiológico basado en el modelo saussureano.

La translingüística podría desarrollar, según Barthes, dos posibles líneas de investigación: una de orden sintagmático y otra de orden paradigmático. La primera tiene como centro de estudio la estructura narrativa del mensaje, y la segunda se ocupa de la clasificación de las unidades de connotación. No queda establecido con precisión, en una primera instancia, qué abarca cada una de estas líneas de investigación. Empero en una publicación de 1970, Barthes acota el alcance del objeto de estudio de la translingüística y establece que a esta le corresponde dar cuenta no solo de los sistemas de comunicación (de lo que se encarga la lingüística y de ahí surge su contacto) sino también de aquellos sistemas de comunicación diversificados y especializados: «el sentido común sabe que una obra contiene un objeto de comunicación, pero también que ese objeto se comunica con fines estéticos, persuasivos, de distracción, rituales, etc., y que esos fines no son en absoluto contingentes, sino codificados por la sociedad» (Barthes, 2007: 66). De esta manera, llega a delimitar aun más el objeto de la translingüística y establece que debe llamarse *discurso*, el cual es definido como «toda extensión finita de palabra, unificada desde el punto de vista del contenido, emitida y estructurada con fines de comunicación secundarios, y culturalizada por factores distintos de los de la lengua». Puede sospecharse, entonces, que las investigaciones de orden sintagmático se ocupan de los sistemas semiológicos en tanto sistemas de comunicación y las de orden pragmático de cómo estos sistemas responden y se adaptan a factores culturales.

Sin lugar a dudas, la teoría saussureana le sirvió a Barthes como un puntapié inicial para dar cuentas de sus necesidades e intereses intelectuales, que en un principio intentaban desentrañar los mitos que rodean a los distintos fenómenos sociales impulsados por la burguesía y el sistema capitalista en general. El autor no desconoce esta utilidad inicial: «discurso son indivisibles porque se deslizan según el mismo eje de poder. Empero, en sus comienzos esta distinción de origen saussureano (bajo el tipo de la pareja Lengua/Habla) brindó grandes servicios y le dio a la semiología el aliento para comenzar. Mediante esta oposición yo podía reducir el discurso, miniaturizarlo en ejemplos de gramática, y de tal suerte podía esperar que toda la comunicación humana cayera en mi red» (ibíd.: 135-136). Sin embargo, esta aproximación a la lingüística y a la dicotomía lengua y habla pasaría a un segundo plano a lo largo de la carrera de Barthes y por eso en la *Lección inaugural* (1978) enfatiza el hecho de que «la semiología sería desde entonces ese trabajo que recoge la impureza de la lengua, el desecho de la lingüística, la corrupción inmediata del mensaje: nada menos que los deseos, los temores, las muecas, las intimidaciones, los adelantos, las

ternuras, las protestas, las excusas, las agresiones, las músicas de las que está hecha la lengua activa» (ibíd.: 137).

A partir de lo expuesto se pudo constatar una gran presencia de varios conceptos del *Curso de lingüística general* a lo largo de la obra de Barthes. Algunas de estas nociones, que le sirvieron a Barthes como punto de partida para su proyecto semiológico, fueron las de lengua y habla, arbitrariedad del signo, significado y significante y relaciones sintagmáticas y asociativas. Sin embargo, puede pensarse que estos postulados no fueron tomados rigurosamente y que, por el contrario, fueron revisados y aplicados en una forma laxa, lo que hace dudar sobre la fidelidad de Barthes a la obra saussureana. Esto puede deberse a tres factores. En primer lugar, muchas de las afirmaciones de Saussure acerca de qué se debe entender por semiología o de los límites del signo son ambiguas y esto abre el camino a una gran cantidad de interpretaciones y reformulaciones posteriores. En segundo lugar, el hecho de que Barthes haya accedido a la teoría lingüística de Saussure tardíamente y a la luz de otros autores, principalmente aquellos del Círculo Lingüístico de Praga que, aunque propulsores del estructuralismo, lo desafían y lo reformulan, no debe permanecer ajeno al análisis. Este hecho podría ser una de las causas de la oscuridad y falta de precisión con la que se presentan los conceptos centrales de la teoría saussureana, como los de lengua y habla, la teoría del valor y el principio de arbitrariedad. En tercer lugar, cabe destacar el interés primordial del proyecto semiológico barthesiano, este es, denunciar las prácticas naturalizadoras del mito de la burguesía a partir de la impronta marxista. El nexo entre Saussure y Marx es dudoso pero no caben dudas de que Barthes quiso adaptar la teoría estructuralista a su conveniencia y al mismo tiempo reivindicar la importancia de los estudios lingüísticos para así validar su proyecto semiológico. Este último interés se ve reflejado en la imposición de la translingüística.

Asimismo, se constató que una de las dificultades más importantes para la delimitación del concepto de semiología en Barthes es la gran variación que se presenta a lo largo de sus obras. Es notorio el interés de establecer la semiología como una disciplina en el primer y segundo momento de su obra, empero esta necesidad se diluye hacia el final de su carrera académica, ya que abandona el interés en establecer una semiología de la lengua y aboga por la concreción de una semiología del habla o del discurso, hecho que lo aleja una vez más de la teoría lingüística saussureana. Cabe aclarar, sin embargo, que el pensamiento semiológico es una constante en la obra barthesiana y este se rige por una definición de base que sí es saussureana: la semiología siempre es definida, más allá de los matices que pueda adquirir, como el estudio de los sistemas de signos en la vida social.

Una de las mayores complejidades a la hora de abordar los textos de Barthes desde el campo de la lingüística radica en la amplia variedad de autores, textos y disciplinas en las que se apoya para establecer una noción concreta. Pero, y a pesar de todas esta dificultad teórica que presenta el estudio de la obra de Barthes a la luz de los postulados estructuralistas de Saussure, no debe desconocerse la importancia del legado de Barthes a los estudios semiológicos.

Finalmente, considero que Mounin resume exitosamente, en el siguiente párrafo, la problemática que genera el estudio del proyecto semiológico barthesiano:

> Es difícil hablar de Roland Barthes, quiero decir hablar de él científicamente. En primer lugar, debido a la variedad de las referencias teóricas que utiliza, Marx y Freud, Hjelmslev y Merleau-Ponty, filosofía, psicología, sociología, lingüística y semiología, crítica literaria, antropología [...]. Debido también a esa agilidad y a esa versatilidad que hacen que, cuando nos dirigimos al investigador, siempre da la impresión de responder que no es más que un ensayista; pero cuando tocamos esa rapidez sugestiva y *frágil* del ensayista, se refugia encantado en los «maquis» teóricos y terminológicos del «científico», para seguir al cual muy pocos «literarios» a los que se dirige están equipados. Por último, y esto es sin duda lo peor, la generosidad de sus combates, el aspecto muchas veces estimulante de sus propuestas, su sensibilidad para plantear problemas vivos, para descubrir campos o puntos de vista prometedores, hacen que apenas sintamos el deseo de combatir una obra que muchas veces provoca placer y simpatía y cuya oportunidad y fertilidad son, más de una vez, evidentes (Mounin, 1972: 217).

Bibliografía

Barthes, r. 1999 (1957). *Mitologías*. México: Siglo XXI Editores.

—1993 (1964). «Elementos de Semiología". En Barthes, R., *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.

—1978 (1967). *Sistema de la moda*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

—1998 (1978). «Lección inaugural de la Cátedra de Semiología literaria del Collège de France». Traducción: Oscar Terán, en Barthes, R., *El placer del texto y Lección inaugural*. México: Siglo XXI Editores.

—2007 (1964). «Presentación de 'Investigaciones semilógicas'", en Barthes, R., *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires: Paidós.

—2007 (1970). «La problemática del sentido”, en Barthes, R., *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires: Paidós.

—2007 (1970). «La lingüística del discurso”, en Barthes, R., *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires: Paidós.

Benveniste, É. 1979 (1966). «Naturaleza del signo lingüístico”. En Benveniste, É., *Problemas de Lingüística General I*. México: Siglo XXI Editores.

—2004 (1977). «Semiología de la lengua". En Benveniste, É., *Problemas de Lingüística General II*. México: Siglo XXI Editores.

Bouissac, P. 2004. «Saussure's legacy in semiotics". En Sanders, C. (ed.) *The Cambridge companion to Sausurre*. Cambridge: Cambridge University Press.

Culler, J. 1985. *Saussure*. Londres: Fontana Press.

—1987 (1983). *Barthes*. México: Fondo de Cultura Económica.

De Saussure, F. 2002 (1916). *Curso de Lingüística General*. Trad. de Amado Alonso. Madrid: Losada.

Harris, R. 1987. *Reading Saussure*. Londres: Duckworth.

—2001. «Barthes's Saussure". En Harris, R., *Saussure and his Interpreters*. Edimburgo: Edinburgh University Press.

Hjelmslev, L. 1971 (1943). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.

—1971 (1942). «Lengua y habla”. En Nethol, A. (ed.), *Ferdinand de Saussure*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Jakobson, R. 1974 (1960) «Lingüística y poética". En Jakobson, R., *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Planeta-Agostini.

Mounin, F. 1972 (1970). «La semiología de Roland Barthes", en Mounin, F., *Introducción a la semiología*. Barcelona: Anagrama.

Simón, G. 2010. *Las semiologías de Roland Barthes*. Buenos Aires: Alción Editora.

Ungar, S., Mcgraw, B. 1989. *Signs in culture: Roland Barthes today*. Iowa: University of Iowa Press.

Zecchetto, V. (coord.). 1999. *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.